

Introducción

La dictadura franquista nace de una cruel guerra civil con un fuerte componente de religión y de clase, de enfrentamiento agónico entre revolución y contrarrevolución. Los vencedores se quedaron con el país en sus manos y con la voluntad decidida de alejar a los vencidos de la política y de la administración, de la cultura y de la Universidad, de la educación, del periodismo, del mundo sindical... La dictadura se constituyó con una intención totalitaria, no en el sentido de entregar el Estado al dominio del partido único, como querían algunos, sino en el de que *toda* la vida cultural, espiritual, de la nación debería canalizarse por los cauces admisibles para los vencedores. Estos cauces ofrecían diversidad interna, como diversa y plural era la coalición vencedora en la guerra, pero el conjunto de ellos componía el único *todo* posible. Y esto fue así durante las dos primeras décadas del régimen.

Siendo así las cosas, franquismo y antifranquismo pueden entenderse como términos enfrentados, discontinuos, definidos por categorías excluyentes en lo institucional, lo ideológico y lo humano. El franquismo se asocia con dictadura, derecha y confesionalidad católica; y por contraste, el antifranquismo se asocia más bien con democracia, izquierda y una concepción más laica y moderna de la vida. Análogamente, entre la dictadura y la democracia que le sucedió se suele establecer una dicotomía política e ideológica tajante (de connotaciones morales antitéticas). Esta imagen en términos contrapuestos se apoya en datos reales evidentes; en líneas generales, puede resultar correcta y, en cierto modo, es la canónica y obligada hoy.

Pero una cosa son las líneas generales y otra la contemplación próxima de un escenario. Conocida de cerca, la realidad nos asalta con observaciones y datos abundantes que enriquecen y en parte contradicen la imagen señalada. Este estudio pone el punto de mira en esos datos para descubrir los ámbitos intermedios, los canales de colaboración y las continuidades significativas entre franquismo y antifranquismo; así como los rasgos ideológicos (autoritarismo, izquierdismo, religiosidad, o sus opuestos) que se reparten, en diverso grado y con distinta función, por los dos ámbitos, cruzando las líneas de demarcación, a despecho de visiones simplistas. De este modo se dibuja un panorama de contactos entre régimen y oposición en lo cultural y de ambigüedades en lo ideológico. No se trata de pintar un *mundo al revés*, pero sí de ensayar un enfoque que

pueda añadir una interesante dimensión de profundidad a una imagen habitualmente demasiado plana.

Totalitarismo es un concepto límite: ningún poder es capaz de controlar el todo social y su evolución, como no es capaz de dominar las fuerzas de la naturaleza. Por otra parte, un país con muchos millones de habitantes y una larga historia es demasiado rico y complejo para dejarse encorsetar por mucho tiempo por ningún Estado. En la posguerra, la complejidad social subyacente al régimen pudo manifestarse, en cierto grado, permeando las superestructuras impuestas por los nuevos poderes o a través de medios y grupos próximos a ellos. Así, la frontera entre régimen y oposición fue más porosa y recortada de lo que quizá se imagina, y se convirtió en un ámbito acaso incómodo, pero habitable; un espacio ambiguo, intermedio, que podía dar mucho juego y hasta servir de base de largas y exitosas carreras. Términos como *ambiguo*, *intermedio*, *paradójico*, *contradictorio*, *ambivalente*; o como *simbiosis*, *coincidencia*... surgen una y otra vez en la bibliografía para referirse a aquella frontera, en la que bullían inquietudes y proyectos culturales con ribetes de independencia y hasta de oposición al régimen. Todo lo cual tuvo sus momentos sucesivos de despliegue a lo largo de las décadas que duró el franquismo.

Remedando a Eugenio Trías, podría hablarse de un límite (entre franquismo y antifranquismo) habitable, colonizable, fértil, en el que era posible instalarse y desplegar una trayectoria digna y útil. A ello se refería el crítico literario Rafael Conte, que se movió durante seis años en distintas instancias del SEU (el Sindicato de Estudiantes Universitarios), cuando evocó en sus memorias los «lugares habitables dentro de aquellos esquemas generales tan ambiguos como esperanzadores».

Continuidad (entre franquismo y antifranquismo) equivale a *colaboración*, pero no quiere decir *colaboracionismo*. Este último término comporta una carga de culpa, reproche y condena totalmente fuera de lugar en los casos que aquí se estudian. Bien al contrario, esa continuidad representó un factor de fecundidad y progreso de la cultura española. La colaboración cultural, tal como se aborda en estas páginas, no conllevaba compartir el proyecto cultural del régimen (los contenidos), pero sí apoyarse en los recursos, medios y facilidades que el régimen dispensaba. En suma, este estudio atiende más a las continuidades que a la contradicción entre dictadura y oposición; replantea la relación entre franquismo y antifranquismo (que no se reducía a la oposición que indica el *anti*), y de uno y otro con la democracia (el equívoco con el que apuntaba a ella un antifranquismo subyugado en buena medida por el brote de radicalismo de la década de los sesenta). En la primera parte predominan los temas de colaboración cultural. En la segunda (segundo franquismo), aunque esta temática no desaparece, prima el análisis de las ideas para contornear la frontera de franquismo y oposición en cuanto a las actitudes democráticas e izquierdistas.

Esta obra es un ensayo interpretativo de conjunto. Los datos que maneja proceden de la historiografía académica, de las memorias publicadas por varios personajes y de testimonios periodísticos diversos. Son, pues, datos que ya están ahí, lo que es natural

en una obra de síntesis que atiende a múltiples perspectivas, pero se integran en una mirada y una reflexión propias. La historiografía no ha cesado de avanzar en los últimos decenios, de modo que para casi todos los apartados importantes contamos con una o más obras de referencia. Tras las monografías que dediqué al semanario *Triunfo* y a ocho intelectuales progresistas he querido alzar el punto de vista, leer lo que han escrito otros, abarcar un panorama amplio y destacar rasgos que, me parece, no siempre se resaltan como es debido: las continuidades patentes entre el franquismo y lo que está más allá de él, incluido el antifranquismo; los densos lazos de colaboración, forzada pero fecunda, en los ámbitos culturales; las ambigüedades ideológicas, en el franquismo y en la oposición, ante alternativas como autoritarismo y democracia, derecha e izquierda, clericalismo y laicidad; los rasgos ideológicos que cruzan la frontera entre un campo y otro. Así se puede alcanzar una visión compleja, en sí misma incompatible con el maniqueísmo, el sectarismo y las quiméricas pretensiones de pureza democrática que distorsionan la comprensión de nuestro pasado próximo.

